La lengua de los pájaros

Elena Miner Galilea
Iñaki Garijo Ibargoitia

Primera edición, septiembre de 2026
© Elena Miner Galilea, Iñaki Garijo Ibargoitia, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-46-7
THEMA: FV - FM - FH
DEPÓSITO LEGAL: M-21715-2026

La lengua de los pájaros

Elena Miner Galilea
Iñaki Garijo Ibargoitia

Avant
editorial

La lengua de los pájaros es el argot.
Se trata de una lengua particular, secreta, que solo conocen los iniciados,
pues desvela las verdades ocultas y enseña el misterio de las cosas.
Quienes la hablan se conocen como argóticos,
O, para nuestro caso, agotes.

Los agotes son un grupo humano que ha vivido, y vive, en ambas vertientes del Pirineo y en otras regiones de España y, sobre todo, de Francia, y que por una razón desconocida para nosotros, ha sufrido, a lo largo de los últimos mil años, una segregación, una maldición, una situación de separación y de desprecio por parte de la sociedad como no se conoce otra en la historia.

Esta novela habla de ellos y plantea una teoría sobre las razones que motivaron esa exclusión.

Al final de la novela presentamos los datos reales que se conocen sobre los agotes, o cagots, como se conocen al norte de los Pirineos, resumiendo las informaciones que a lo largo de los últimos tres siglos se han publicado sobre ellos.



CAPÍTULO I.

URDAX

—¡Corred, no paréis, corred!

—¡Más rápido! ¡Venga, que ya casi estamos! ¡Vamos!

A trompicones, mientras corrían con los pies hundidos en la hojarasca, tropezando con ramas y piedras, cruzando charcos y arroyos helados, el variopinto grupo de mujeres y niños resollaba sin aliento.

—No miréis atrás. Ya falta poco.

Iniciaban el descenso por la última pendiente, entre hayas casi desnudas por el incipiente invierno, antes de llegar al prado donde, por fin, se adivinaba la cueva que sería su refugio y su salvación.

— ¡No puedo más! Se me sale el estómago por la boca. No pienso dar ni un paso más —se quejaba aquella joven campesina, agachada, cargando un niño a sus espaldas, con las manos en jarras, boqueando como un pez fuera del agua.

A pesar del cansancio y las quejas, todos sabían que no se podían parar ahora. Les pisaban los talones. Y temían que a todo el que cogieran lo matarían.

Unos metros más arriba, sobre la cima de la colina, Bren se había subido a un haya trasmochada y aguzaba la vista y el oído para ver si les seguían.

Abajo en el valle se elevaban columnas de humo alrededor del convento de los hermanos agustinos; los perros ladraban y la campana de la pequeña iglesia repicaba de forma anárquica, mientras el olor a chamusquina se sentía en el aire, inundándolo todo.

De repente, un chasquido cercano puso en guardia a Bren, que se ocultó tras la gruesa rama del árbol, con una larga daga desenvainada, la respiración contenida, listo para saltar. Eran Tati y su perra Arigutx.

De un salto, Bren se plantó delante de ambos, sobresaltando a la muchacha.

—¡Qué susto, por Dios! Ya vienen. Son unos diez, guiados por Basurde, el traidor. Acaban de pasar el cementerio; enseguida estarán aquí. Se diría que saben a dónde nos dirigimos.

—Si está Basurde con ellos, deben sospechar nuestras intenciones. Hay que apresurarse. ¿Queda alguien atrás?

—No he visto a nadie —respondió Tati.

Su voz se quebró al tiempo que intentaba evitar que las lágrimas asomaran a sus profundos ojos verdes. No contaría con más de 25 años. Sus cabellos rubios le daban un aire infantil, que se contradecía con la firme resolución que transmitía su rostro.

—Vamos —dijo Bren.

Más abajo, las muchachas habían reanudado su trote cansino, cargando a sus espaldas a los niños más pequeños, mientras los chavales mayores corrían como podían, empujados por el miedo.

A mitad de la ladera, por fin, Bren vio el árbol. Un inmenso roble, centenario y de porte majestuoso, que los Agotes conocían bien. El roble de los robles; «Dru-Ir», el padre roble, el ser vivo más antiguo de la región.

— ¿Cuántos somos? —preguntó Tati, aprovechando un breve respiro.

Todos sin excepción miraron ladera abajo, sobrecogidos por la grandiosidad y la fuerza que emanaba del roble.

—Ocho niños, cinco mujeres, además de ti y de mí. Y la niña, claro —añadió Bren.

Un gesto de perplejidad se apoderó de Tati, que contrajo los músculos de su cara y de su cuello y no pudo contener un quejido.

— ¿Y los demás? Pero si éramos más de 50...

La joven se agitaba inquieta, cambiando el peso alternativamente de un pie al otro, buscando en los ojos de Bren una respuesta que este se negaba a dar.

—Espero que hayan podido refugiarse dentro del monasterio. El prior los protegerá en la iglesia, donde acogerán a sagrado. Allí no pueden entrar los soldados.

Bren bajó la vista, miró hacia el asustado grupo, que parecía haber recobrado el resuello, y esperaba instrucciones.

—Hay que seguir, rápido. Tenemos que llegar a la gruta antes de que nos alcancen; allí podremos defendernos y esperar ayuda de los nuestros. ¡Vamos!

De un salto se puso al frente del grupo, organizó la marcha y mandó a dos chavales de avanzadilla. Dejó a Tati con Arigutx en la retaguardia, en un intento desesperado por tratar de borrar su rastro y retrasar en lo posible a sus perseguidores, permitiendo al grupo alcanzar la seguridad de la gruta.

La cueva de Ikaburu, el recinto sagrado de los antepasados, donde únicamente los magos y los iniciados podían entrar. Todo el mundo en la región sabía que una terrible maldición caería sobre aquel que lo hiciera sin permiso. El lugar donde la tierra, Amalur, y el agua, Urtxume, se juntaban para hacer brotar una tremenda energía que les facilitaba la comunicación con el más allá.

Bren no tenía ese permiso. En realidad, ninguno del reducido grupo de fugitivos tenía derecho a entrar en la cueva. Pero, ¿qué otra solución había? La niña estaba con ellos y había que ponerla a salvo como fuese. Era la cueva o la muerte. La maldición de los espíritus, la muerte del alma o la muerte cruel de la carne a manos de los esbirros del obispo.

Al pasar bajo el roble sagrado, un respetuoso silencio se fue apoderando del grupo. Incluso los más pequeños percibían algo especial. Las mujeres inclinaban reverencialmente su cabeza y algunas sacaban de entre sus ropas, colgando del cuello una pequeña estela redonda en la que se dibujaba un trisquel, que acariciaban con vehemencia pidiéndole protección.

—¡Vamos, vamos! ¡No hay tiempo que perder! —La voz de Bren rompió el encanto.

Con esa señal todos continuaron la marcha, apenas detenida por el influjo del poderoso roble, reanudando una carrera que duraba ya casi medio día.

El viento arreciaba y numerosas nubes se arremolinaban sobre las cumbres de las colinas cercanas, que bordeaban aquel pequeño valle abierto al noroeste. Los árboles desprovistos ya casi totalmente de hojas, en aquel noviembre que anunciaba un temprano invierno, mecían sus ramas al viento, provocando un rumor, un susurro, que les impulsaba a avanzar deprisa. Ya no se percibía el olor a humo que les había acompañado durante toda la mañana, pero lo tenían tan impregnado en su mente, en sus entrañas, que confundían el roce del viento en las ramas de los árboles con el crepitar de las llamas que habían consumido su aldea, sus casas, su futuro y quizás hasta las vidas de muchos de los suyos.

Una vez abajo de la colina, estarían obligados a salir del bosque y, tras cruzar un arroyo, recorrer el último tramo, de doscientos pasos, a campo abierto.

Antes de iniciar este último trecho, el más expuesto y arriesgado, Bren reunió a todo el grupo para animarles, a la vez que se aseguraba de que no cayeran en una emboscada.

Envió por delante a un rapaz, para que sigilosamente rodeara el claro que tenían ante sí y comprobara que nadie les acechaba en su camino hacia la gruta. El chico, escurridizo como una lagartija, ganaba terreno y se acercaba al fondo del claro. Bren esperaba su señal para que todos corrieran cruzando el prado hasta la boca de la cueva, oculta tras unos avellanos, bajo un sólido farallón de roca.

Bren se acercó a Andregoto, una bella mujer de aspecto asustado, que apretaba contra su pecho a una criatura de apenas unos meses de vida. El bebé representaba el futuro de ese pueblo.

—¿Cómo está Amaia? —preguntó Bren, clavando su mirada, que denotaba menos seguridad de la que aparentaba, en Andregoto.

—Está bien, aguantará, si es que llegamos a la gruta pronto y allí podemos alimentarla con tranquilidad. No nos demoremos más.

El desnudo bosque apenas dificultaba la vista de cualquiera que transitara por él. Solo unos acebos diseminados entre las hayas dificultaban realmente la visión.

De pronto, a sus espaldas, a mitad de la colina, pudieron percibir un movimiento de ramas y un ruido de pisadas que indicaba que alguien se acercaba rápidamente, sin el menor disimulo. Con sigilo, Bren se escondió tras una roca, se llevó el dedo a los labios pidiendo silencio al grupo y montó su arco mientras las muchachas y los niños se pegaban al suelo, intentando cubrirse con hojas y ramas.

Durante unos instantes que se hicieron eternos, todos sintieron el ruido de ramas movidas, del crujir de ramitas al romperse y, finalmente, de unos pasos que se acercaban corriendo.

De golpe, tras una vieja y musgosa haya, volvió a aparecer Arigutx, la perrita, seguida por Tati.

—Nos han descubierto. Han encontrado nuestro rastro. Se acercan. ¡Rápido! ¡Corred! ¡Huyamos!

Bren bajó su arco, guardó la flecha en el carcaj y con un enérgico gesto agarró a Tati por la muñeca.

— ¡Calma! Tranquila. Serénate y dame detalles. ¿Dónde están? ¿Cuántos son?

—Muchos. Acaban de pasar el alto. Vámonos, por lo que más quieras. ¡Rápido!

A una orden de Bren, todos se pusieron en pie y, sin esperar la señal del muchacho que estaba a punto de llegar al umbral de la cueva, cruzaron el arroyo y corrieron raudos hacia la gruta.

Un grito de rabia se oyó tras ellos, en medio de la espesura.

— ¡Allí están, ya son nuestros!

—¡A ellas, panda de inútiles! Traedlas vivas o muertas. 100 dineros ofrece el obispo por la cabeza del niño. —El capitán de la guardia azuzaba con un látigo a sus hombres, obligándoles a correr más deprisa.

Mientras tanto, en el claro, Bren y las mujeres espoleaban a los niños, alcanzando ya los primeros el umbral de la cueva, donde el chaval, con su onda preparada, gritaba desaforadamente a sus compañeros.

—¡Deprisa, deprisa! ¡Ya llegan! ¡Que vienen!

Cuando los últimos del grupo alcanzaban la boca de la cueva, Bren le pidió a Andregoto que los llevara a todos adentro, a la antecámara situada al final del pasadizo que bajaba a su espalda. Aquel lugar no era todavía terreno sagrado. Una vez allí deberían guardar silencio.

Bren volvió rápido a la entrada de la cueva para ver cómo Tati y su perra se acercaban corriendo como locas, manteniendo a duras penas la distancia sobre sus perseguidores. Ya no las separaba ni medio tiro de flecha.

Un soldado, destacado sobre los demás, blandiendo una espada corta en su mano derecha, ganaba terreno ávidamente, a grandes zancadas.

Bren estaba seguro de que las alcanzaría antes de llegar a la cueva. Echó mano de su arco, seleccionó una flecha y, entre tanto meneo, intentó apuntar con cuidado. Nunca había matado a un hombre y no quería empezar ahora, pero tenía que hacer algo. Mientras sus ojos se enfocaban en el blanco en movimiento, inspiró profundamente, llenando sus pulmones de aire, intentando calmar su pulso que latía como un caballo desbocado.

Cuando vio por el rabillo del ojo que las ramas de los árboles amainaban su movimiento, soltó suavemente los dedos que tensaban la cuerda y siguió la flecha

con los ojos cerrados, guiándola con su imaginación, volando con ella, llevándola a su destino.

El impacto fue repentino, tremendo y potente. La sorpresa primero, la incredulidad después y, por último, la desesperación, se reflejaron en el rostro de aquella bestia. Con la flecha atravesándole el muslo, acortó sus pasos, trastabilló y cayó al suelo aullando de dolor, lo que permitió a Tati alcanzar la seguridad de la cueva.

Mientras tanto, a la vista de la triste suerte que había corrido su compañero, los otros perseguidores detuvieron su avance y comenzaron a organizarse para no sufrir más bajas, a pesar de los improperios, patadas y puñetazos que el iracundo sargento de la guardia sacudía a diestro y siniestro.

Basurde, el traidor que los acompañaba, sabía perfectamente que no sería fácil convencer a esos hombres, ni a él mismo, para que entraran en la cueva. Era sagrada y, aunque cristianos, aquellos soldados temían la magia antigua de aquellos paganos.

—Mierda, casi los teníamos. A ver ahora qué dice el obispo. ¿Tú, Basurde, conoces la cueva? —le preguntó el sargento.

—Sí. Tiene una boca estrecha. Es profunda. Pero no entrarán. Es sagrada. No tienen permiso y no hay chamán con ellos.

«Eso habrá que verlo», pensó el sargento. Una banda de críos y de mujeres y no podemos con ellos. ¡Voy a ser el hazmerreír de la tropa! Venga, imbéciles, montad un puesto de vigilancia. Tú, Peru, busca los caballos.

Los soldados empezaron a improvisar un básico campamento en el extremo del prado, frente a la cueva.

Exhaustos, Bren y Tati se dejaron caer en el suelo tras una roca que protegía la entrada.

—¿Está bien Amaia? —preguntó Tati.

—Ve atrás. Respondió Bren. Dile a Andregoto que la espero aquí fuera. Necesito su ayuda para saber si podemos entrar en la cueva sin profanarla. Déjame a Arigutx, por si necesito avisarte. Sí, Amaia está bien.

A una señal de Tati, la perra se tumbó a los pies de Bren, mientras este, agazapado tras una roca, vigilaba los movimientos de los soldados.

Caminó hacia el interior de la cueva, adentrándose en el agujero que se abría en la ladera de la colina, al lado de un gran roble, cuya copa protegía la entrada. Más atrás, bajando unos 20 pasos, se llegaba a una amplia estancia llena de estalactitas, estalagmitas y columnas de roca caliza, que asombraban a todo el que accedía por primera vez. A la derecha de la sala se abría una galería por la que subía el sonido cercano de un arroyo subterráneo.

Hasta ahí podían avanzar sin temor a profanar el lugar sagrado donde los agotes ancianos realizaban, guiados por su maestro, las ceremonias sagradas con Amalur.

Dos columnas naturales de roca daban paso al interior de la cueva. Allí se adivinaban, entre las sombras, tres petroglifos, tres símbolos que delataban el carácter sagrado y excluyente de la gruta: uno sobre el dintel, con forma de una pata de oca, y dos caracolas, una en sentido creciente a la derecha y otra en sentido decreciente a la izquierda.



La pata de oca, el símbolo que representaba a los agotes.

La caracola, representación del infinito, del crecimiento o de la concentración, del flujo de la corriente cósmica o telúrica, de los ciclos, del aprendizaje.

Poderosos símbolos para advertir a quienes los contemplan que se encuentran en el umbral de otro mundo, un mundo de magia y de poder, un mundo del que no todos vuelven, reservado exclusivamente a unos pocos elegidos.

Al oír los pasos de Andregoto, Bren se giró y le pidió que se agachara a su lado.

—¿Está bien Amaia? ¿Podremos utilizarla para preguntar al oráculo?

—¿A...ma...ia? ¿Pre...gun...tar al oráculo? No entiendo —le respondió con los ojos muy abiertos—. Si solo tiene unos meses...

—Si nos quedamos aquí, nos matarán a todos, así que tenemos que entrar en la cueva. Y a falta de un chamán para franquearnos el acceso a tierra sagrada, no se me ocurre nadie mejor que Amaia para hacerlo.

Mientras hablaba, Bren no dejaba de mirar hacia el exterior vigilando a los soldados, que en ese momento arrastraban el cuerpo de su compañero herido hacia el extremo del claro donde se habían detenido.

—¿Pero cómo? Si no sabe hablar —preguntó ella.

—¿Tienes tus runas?

Asintiendo con la cabeza, Andregoto sacó una pequeña bolsa de piel de entre los pliegues de su falda y la extendió hacia Bren.

—No, a mí no. Llévasela a la niña y que coja una runa. Cuando la haya elegido, vuelve y dime cuál es. Y pide a todos que recen para que sea propicia.

Un brillo fugaz en los ojos de la muchacha denotó que había entendido el propósito de Bren.

—Quizás funcione —se dijo para sí—, y nadie podrá acusarnos de profanar el lugar sagrado. Es la propia Amaia la que nos ha de guiar.

Volvió deprisa junto a los demás y recuperó a la niña, que estaba en brazos de Tati. Despacio abrió la manta que la cubría y dejó al descubierto una carita preciosa, unos vivarachos ojos azules que escudriñaban todo y que en ese momento se fijaron en los de Andregoto, captando toda su atención.

«Se diría que entiende lo que pasa, que sabe que esperamos algo importante de ella, y que está de acuerdo», pensó. Extendió la manta sobre el suelo, sentó a la niña en su regazo mirando hacia afuera y puso delante el saco abierto con las runas.

Todos los demás, niños y adultos, los miraban perplejos y sin entender qué estaba ocurriendo.

Una de las mujeres, que estaba al borde del pánico por los duros acontecimientos de la jornada, y muerta de miedo por la cueva, se puso en pie y señalándole con el dedo, le gritó a Andregoto.

—¡No es momento para juegos! Tenemos que hacer algo...

Tati que se había levantado tras ella, la agarró suavemente de los hombros y la ayudó a sentarse.

—¡Shhhhh! Calla y mira. Creo que ahí está la solución.

Amaia, en el regazo de Andregoto, sin hacer caso de la interrupción, había metido la mano en el saco y se había puesto a jugar con las runas.



Poco a poco, la atención del reducido círculo se fue concentrando en la pequeña. Iba de la cara de Amaia a la bolsa de runas, y de nuevo a la niña, quien, ensimismada con las piedras, lo revolvía con su mano una y otra vez. De repente, una sonrisa iluminó su cara, sus ojillos se entrecerraron y comenzó a sacar despacito la mano de la bolsa con una mueca pícara.

Todos en la cueva habían terminado por comprender que aquello era más que un juego y que su futuro y su seguridad dependían de aquella runa.

Amaia sacó la mano del saco y, volviendo la carita hacia Andregoto, se la extendió ofreciéndole su piedra.

—Thurisaz —gritó una chica, antes de que Andregoto pudiera hablar—. Ha sacado Thurisaz. ¿Qué significa?

Todos miraban a Andregoto, quien después de poner a la niña de nuevo en brazos de Tati, se levantó sin decir palabra y salió con la piedra.

Bren, cada vez más inquieto, seguía las evoluciones de los hombres de armas que montaban su campamento frente a ellos, junto al arroyo. Acababa de llegar un soldado con cuatro caballos y el sargento ya estaba despachando un mensajero al pueblo, que apenas distaba media legua. Mientras tanto, Basurde se había alejado del resto y se había sentado bajo una roca desde donde no perdía ojo a la entrada de la cueva. El crepúsculo avanzaba al tiempo que el cielo se iba despejando y las primeras estrellas se dejaban entrever en el firmamento.

«No atacarán esta noche... Dios quiera que no ataquen», pensó Bren.

—¡Bren! —llamó suavemente Andregoto—, ya tenemos la runa.

—¿Cuál ha sacado?

—Thurisaz. ¿Qué te parece?

—Tú sabes más que yo, pero juraría que es la runa de la puerta, del paso a otro estado o algo así, ¿no?

—Es más que eso —respondió Andregoto. Es la runa que simboliza la puerta de la decisión, que espera que la abras para saber qué hay tras ella. Ese paso es la frontera entre el cielo y la tierra. Cuando aparece, es que estás dispuesto a entrar en contacto con lo divino. Es la llave que abre todas las puertas, las físicas y las que no se ven. Es justo la que necesitábamos.

—Bien, pues no perdáis tiempo. Coge a la niña y avanzad hasta el paso de acceso al interior. Ahora voy yo.

La oscuridad había ido cubriendo casi por completo el umbral de la cueva y solo se veía claramente el fuego encendido por los soldados.

Tras examinar con atención el exterior sin observar movimiento alguno, Bren comenzó a dibujar unos extraños símbolos en el suelo. Un triángulo boca arriba enfrentado con otro boca abajo, y ambos entrecruzados, rodeados por un círculo. «El sello de Salomón», pensó. Su magia me ha ayudado muchas veces. Espero que esta vez también pueda hacerlo.

Una vez dibujado el círculo en el suelo, Bren retrocedió lentamente, recorriendo el pasillo que le separaba de sus compañeros. Algunas mujeres llevaban unas velas que habían sacado de sus ropajes y encendido con un mechero de pedernal.

—Adelante —animó Bren al grupo, aunque tampoco él las tenía todas consigo—. Primero, Andregoto con Amaia. Luego los demás, cogidos de la mano. Yo cerraré el grupo.

Al pasar Amaia bajo el símbolo de la pata de oca, levantó ambos brazos como queriendo tocarlo, emitiendo un gorgorito de satisfacción.

Aquello acabó de animar a los demás que ya, con más curiosidad que miedo, se iban adentrando más y más en la negra profundidad que se abría ante ellos.

Al cabo de unos minutos de caminar por un angosto pasaje, que seguía el arroyo subterráneo, asombrados de la magnificencia de las formaciones rocosas, rastros antiquísimos de la presencia del mar en aquel lugar, vieron una galería a la izquierda sobre la cual de nuevo se podía percibir la pata de oca grabada en la roca. Subieron a una pequeña cavidad, de la altura de un hombre, cuyo techo iba bajando hasta tocar el suelo a unos quince pasos de profundidad. Allí se veían unas pieles viejas en el suelo que debían ser utilizadas por los chamanes en las ceremonias secretas, que a veces duraban más de tres días.

En las paredes había algunas antorchas y cuando abrieron un viejo arcón de madera encontraron varios mendrugos de pan duro, manzanas secas, nueces y unas calabazas con agua. El suelo estaba seco y no hacía frío.

Mientras se acomodaban como podían, y mujeres y niños comían algo, Bren tomó una tea y siguió recorriendo la galería de la que se habían apartado, acompañado por Arigutx. A la luz de la antorcha, las estalactitas del techo reflejaban mil destellos. El cauce de agua corría hacia la entrada, en sentido contrario a su avance.

«El arroyo debe venir de fuera y salir más allá de la entrada», pensó Bren. «Si el agua puede entrar y salir de la cueva, es probable que alguien pueda entrar por ese paso».

Tras caminar un rato más, siguiendo la corriente de agua que venía a su encuentro, llegó a un punto en el que el techo del pasaje caía bruscamente hasta el suelo, dejando solo un resquicio por donde discurría el agua, pero por el que ningún hombre podría colarse.

«Por aquí no nos molestarán. Parece que tenemos suerte».

Dio la vuelta y, cuando hubo recorrido unos cien pasos, descubrió un pasadizo que se abría a media altura en la pared izquierda y que no pudo ver a la ida, tapado por una columna. Subió a Arigutx, trepó apoyando pies y manos en las oquedades de la roca y observó que seguía el mismo curso que el agua a un nivel superior. Tras recorrer unos doscientos pasos, vio cómo el humo de la tea era empujado por una fresca brisa que cada vez se sentía con mayor nitidez. Dejó la antorcha atrás y avanzó a gatas, a tientas, hasta que vio el cielo estrellado. Permaneció un momento escuchando los sonidos del exterior y poco a poco fue asomando la cabeza. Se encontraba a unos 350 pasos al oeste de la entrada, a media altura, sobre unas rocas, enfrente del improvisado campamento de los soldados.

«Si Basurde está con ellos, sabrá de esta entrada y no podremos contar con ella para salir. Además, el campamento de esos mercenarios está demasiado cerca para que nos podamos escapar por aquí», se dijo Bren.

Echando una última mirada al firmamento, caminó de vuelta hasta bajar de nuevo al cauce del arroyo que siguió corriente abajo. Pasó ante la galería donde se refugiaban sus compañeros, dejando también atrás la boca de la cueva, y siguió hasta que el sonido del agua se alteró, anunciándole un cambio en el entorno. Volvió a dejar la antorcha en el suelo y, con el agua hasta las rodillas, caminó por la corriente hasta que comenzó a percibir, tras un recodo, que la oscuridad se hacía más tenue, y el arroyo se abría paso entre unos alisos para salir a un prado abierto hasta juntarse con el Ugarana, el río que recorría todo el valle, pasando por delante del monasterio.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta, escuchó un ruido. Conteniendo la respiración, aguzó el oído para escuchar un sonido metálico, que creyó identificar como el roce de una espada con una cota de malla.

Con todo el sigilo de que era capaz, arrastrando los pies por el agua para no provocar ningún chapoteo, volvió a la cueva, cogió la antorcha y se reunió con los demás. Los niños, saciada su hambre con pan y manzanas, exhaustos tras la agónica huida, habían caído rendidos de sueño, al igual que tres de las mujeres que los acompañaban.

Solo quedaban despiertas Tati y Andregoto, que se acercaron a Bren cuando volvió a la estancia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntaron al unísono.

—No tengo ni idea —respondió Bren—. Por ahora, dormid, que yo montaré guardia; mañana algo se nos ocurrirá.

Cuando vio que ambas mujeres se recostaban juntas en una esquina, cubriéndose con una piel de oveja, salió de la cámara.

Se sentó en el suelo, con los oídos atentos a cualquier ruido, con Arigutx apoyada en su regazo, y empezó a pasar revista a su delicada situación. ¿Cómo coño se había metido en aquel endemoniado asunto?

Él no era un agote y hasta hacía seis meses ni siquiera sabía que existieran. Ahora querían matarles a él y a todos los que con él se encontraban. Y lo más alucinante de todo era que los asesinos eran hombres del obispo. La Iglesia quería su cabeza, la de todos, pero sobre todo la de Amaia. ¡Pero si la criatura solo tenía 7 meses! ¿Qué podían querer de ella? Debía representar alguna terrible amenaza para alguien muy poderoso. Si hubieran ido a por el viejo chamán, el mago que dirigía aquella pacífica comunidad de zahoríes, habría tenido más sentido. Al fin y al cabo, todos en la región sabían que él y los suyos, los agotes, seguían adorando a las estrellas en los antiguos círculos de piedra que tachonaban tantas cumbres de las montañas de los alrededores; y a los bosques; al viejo roble; a los arroyos; a las Lamias; a la Luna; al padre sol; a la naturaleza entera. Pero, por encima de todo, adoraban a Amalur, la Madre Tierra. Gracias a su estrecha relación con ella, eran capaces de detectar su potente energía, de seguirla, de atraerla y de canalizarla para seleccionar los lugares de poder, para concentrar esa corriente que surgía de las entrañas de la tierra y usarla para magnetizar las aguas y hasta sanar a los enfermos. Todavía le costaba a Bren admitirlo, pero lo había visto con sus propios ojos.

Un gruñido de Arigutx devolvió a Bren a la húmeda y oscura realidad de la cueva. Prestó atención y pudo percibir una tenue claridad en una galería superior cuya presencia no había detectado hasta el momento.

—Mierda, están entrando y van a acabar con nosotros —se dijo por lo bajo—. Pues venderé cara mi vida. Ve, Arigutx, trae a Tati, corre —le susurró a la inteligente perra que entró rápido en la cámara superior.

Apagó la vela, sacó una flecha de su carcaj, tensó el arco y se dio cuenta de que la muñeca le temblaba más de lo que quería reconocer y gruesas gotas de sudor le caían por la frente.

CAPÍTULO II.

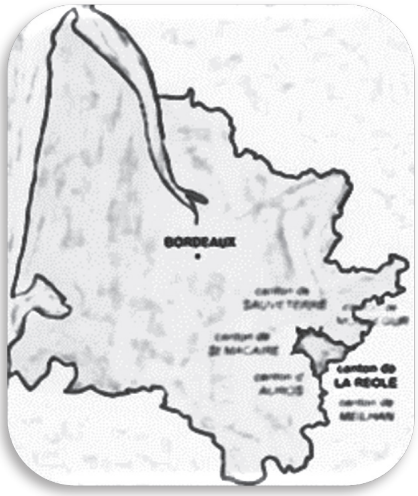
ABADÍA DE LA RÉOLE

9 de noviembre del 1004

Lejos de los Pirineos, al norte, en una fértil vega regada por el río Garona, en un altozano orientado al mediodía, se erguía, dominando el paisaje, un conjunto de construcciones de piedra, rodeadas por un alto muro que las protegía y aislaba del exterior. El otoño había empezado a pelar las viñas y los campos de labranza estaban listos para ser arados. La torre de la iglesia destacaba sobre el conjunto, con sus coquetas ventanas de arcadas que atraían la vista de todos los que por allí pasaban. En la cima, unas campanas tañían su canto al viento anunciando la hora sexta.

Era el monasterio benedictino de San Pedro de la Régula, sobre el río Garona.

En el centro del claustro, junto a la fuente que fluía gélida, Gastón, el prior, un gascón recio, rubicundo y con aspecto de campesino más que de monje, se veía interrogado, ansioso, por su ilustre visitante, cuyo porte y maneras le delataban como extraño a esa comunidad; el delicado paño con el que estaba confeccionado su hábito y la ostentosa cruz de plata y pedrería que colgaba de su cuello indicaban a las claras que no se trataba de un monje más.



Chardon de Gordrin, arcediano de Auch, había llegado esa mañana junto con una escolta de hombres armados y una carta del arzobispo de Auch, su jefe, para que Gastón y todos sus monjes colaboraran con él plenamente. De pelo cano y mirada bovina, tenía cierta dificultad para moverse debido a su exceso de peso.

«Parece incómodo e inquieto», pensó Gastón, «algo le ocurre». La voz chillona de Chardon denotaba impaciencia y el desprecio que expresaba su gesto indicaba que se encontraba allí a su pesar.

—¿Qué noticias hay de la aldea de los magos? ¿Habrán capturado a la criatura? ¿Habrán destruido el poblado y atrapado al brujo? Sin poder evitarlo, Chardon dejaba escapar en voz alta sus pensamientos.

—¡Calma, hermano, calma! —respondió Gastón—. Bien sabéis que no menos de 40 leguas nos separan de Urdax y no esperamos noticias hasta mañana por la noche, en el mejor de los casos, o hasta pasado mañana. Pero, por lo poco que me habéis contado de esta triste historia, a estas horas ese grupo de pobres lunáticos habrá dejado de representar un problema para nuestra santa madre iglesia.

Todavía no había podido comprender Gastón por qué le habían metido a él en aquel embrollo. La Régula quedaba lejísimos de la aldea de Urdax y él no conocía a aquellos pobres desgraciados. Había otros monasterios mucho más cercanos a los Pirineos desde donde ese gordo prepotente podría seguir más de cerca el desarrollo de los acontecimientos, siguió pensando Gastón.

—Parece que os diera pena su suerte. ¡Tened cuidado hacia quién dirigís vuestras simpatías, hermano prior, o corréis el riesgo de acabar como ellos! —le espetó iracundo el arcediano.

Gastón tuvo que aguardar un momento antes de responder para no dejarse llevar por la ira.

—No entiendo qué peligro pueden representar un montón de ancianos, mujeres y niños para el poderoso arzobispo de Auch —respondió rápido. Tenía la pregunta lista desde que esa mañana Chardon le había explicado lo que esperaba de él, que en realidad no era más que alojarle y utilizar su sistema de mensajeros entre los monasterios benedictinos que cubrían todo aquel territorio.

—Por supuesto que vos no entendéis nada, ni tenéis por qué hacerlo. Solo estáis obligado a cumplir las órdenes, mis órdenes, como representante del arzobispo. Y aunque os lo explicara, continuó Chardon con tono sarcástico, dudo que vuestra dura mollera entendiera la vital importancia que tiene para la Iglesia, y para toda la cristiandad, hacernos con el anticristo, esa criatura que viene a traer la subversión y el pecado durante este segundo milenio que acabamos de inaugurar.

Así que era cierto; los rumores eran acertados. El niño había nacido y la poderosa maquinaria de la iglesia, ahora que Silvestre II, el Papa ilustrado, había desaparecido, muerto en extrañas circunstancias, se había puesto en marcha para capturar al niño y aplastar a cuantos se interpusieran en su camino.

«Pero, ¿qué pinta nuestra orden, Cluny, en todo esto?» pensó.

Gastón no pudo evitar sentir un estremecimiento que le recorría la espalda, y sus manos se crisparon dentro de las mangas del sayo, clavándose las uñas en la palma de la mano. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse y dirigirse al altivo representante del arzobispo.

—Descansad, Chardon, en cuanto lleguen las noticias seréis el primero en conocerlas. Venid al refectorio, que la noche se presenta larga e incierta, y hay que tomar fuerzas para bien sobrellevarla.

En cuanto oyó mencionar la comida, el gesto del orondo e irascible personaje se relajó y de inmediato se dirigió, cruzando el claustro, hacia el refectorio.

—Por cierto, voy a mandar recado a la escolta que os acompaña y espera en los establos para decirles que el hermano despensero les acercará su pitanza en cuanto pueda, pero que ya conocen las reglas y no pueden entrar bajo ningún concepto en el priorato. Ya sabéis que se encuentra bajo la ...

—La directa protección del propio Papa, y que ninguna hueste tiene potestad ni jurisdicción sobre lo que ocurre en el interior del monasterio. Ya lo sé, me lo habéis dicho esta mañana cuando llegamos y repetido cada vez que habéis tenido oportunidad. Veo que determinados aspectos de la regla son aplicados con más vehemencia que otros, no menos importantes.

Ambos personajes se dirigieron al comedor, Chardon unos pasos por detrás del abad, rezongando por lo bajo una letanía de improperios, que el rústico abad fingía no escuchar.

—Orgullosos y prepotentes monjes. En breve, vuestros privilegios desparecerán y volveréis a estar bajo el control de nuestro arzobispo. Vuestras riquezas serán nuestras.

Y con ese sonsonete a sus espaldas, el abad entró en la vasta sala, donde, sin poder contener una sonrisa por lo que venía mascullando su invitado, hizo una seña al monje situado en el atril para que empezara la lectura de los santos evangelios, momento que esperaban los sirvientes para comenzar a traer la comida.

El comedor hervía de actividad y, a pesar del obligado silencio de los monjes durante la comida, la recitación del libro no conseguía del todo sobreponerse a un murmullo entremezclado con los ruidos de bandejas, jarras y escudillas. El priorato de La Réole, como se conocía a la Régula en aquellos parajes, tenía cumplida fama por la consistencia y calidad de su cocina.

—Hermano Esteban, no se olvide de acercar un puchero y unas escudillas a la escolta de nuestro ilustre visitante, que espera en los establos, que también son criaturas del Señor.

El prior aprovechó que el cocinero había hecho su aparición en el comedor.

—Por supuesto, hermano Gastón, enseguida voy para allá. ¿Les llevo también unas medidas de vino?

—Sí, pero del tonel de blanco de Castillon del año pasado, que está a punto de perderse. Y rebajado con agua, que solo me falta una hueste armada, recelosa y borracha dando tumbos por mi abadía.

En cuanto hubo terminado su comida, y a la vista de que no le ofrecían repetir, Chardon se levantó, disculpándose mientras se dirigía a la cámara del prior que le había sido cedida, como huésped de alto rango, donde podría completar aquella

fugaz comida con las ricas viandas que llevaba en sus alforjas en previsión del régimen espartano que se seguía en algunos monasterios de Cluny.

Una vez libre de la compañía de aquel desagradable personaje, todavía en la cabecera de la larga mesa que se extendía a lo largo del refectorio, Gastón pudo dejar aflorar la inquietud que sentía por el desenlace de la operación y el destino de aquellos pobres desgraciados, objeto de una terrible confabulación urdida desde el arzobispado de Auch, y que, ¡algo increíble!, parecía contar con el beneplácito y el apoyo de la misma Roma, y lo que era menos comprensible para él, ¡de Cluny también! ¡Que Dios proteja a esos desdichados!

Gastón esperaba con ansiedad la inminente visita del inspector del monasterio de Fleury-sur-Loire, de quien dependía el monasterio de la Régula, que, como cada año al final del verano, acudía a cobrar el censo anual, modelo del que Cluny enviaba, a su vez, a Roma, como signo de sumisión.

—¿A quién mandarán este año? —se decía Gastón—. Espero que sea alguien con cierta autoridad, capaz de enfrentarse a ese arrogante y maleducado clérigo. Seguro que se está hinchando a comer en mi cámara. A pan y agua lo tendría yo una semana, a ver si se le bajaban los humos ¡y esa descomunal barriga!

Consolándose con aquella imagen, el prior se dirigió a la huerta desde donde podría ver si alguien se acercaba. Él también estaba nervioso y, sin duda, cavar la tierra le ayudaría a pasar el tiempo más rápido.

Gastón no podía sospechar que la visita la encabezaba el propio Abbón, abad del monasterio de Fleury-sur-Loire, venido junto con sus acompañantes a verificar la buena aplicación de la regla de San Benito en el seno de esta comunidad religiosa, dependiente del priorato de Squirs, y, por consiguiente, de la abadía madre de Fleury.

Más de tres horas llevaba Gastón desfogándose con la azada. Había dado la vuelta a la tierra de casi media huerta, donde plantarían cebollas. El trabajo con la tierra le encantaba. Desde niño no había conocido otra cosa, hasta que entró de joven en el monasterio. Le seguía sorprendiendo la magia de la agricultura.

—Pones un grano en el suelo, lo entierras, le da el sol, el agua y, pasado el tiempo, se convierte en una cebolla, en una lechuga, en comida —decía.

Le maravillaba y le encantaba.

El repique de campanas de la torre anunciaba vísperas, que marcaban el fin del trabajo manual. Entonces vio que desde la misma torre el hermano Pons, que ejercía de boticario y campanero a la vez, le hacía señales con el brazo, indicando hacia el camino del norte.

Gastón se giró y observó cómo, tras los árboles que marcaban la linde del monasterio, dos mulas cargaban a dos monjes que se acercaban sin prisa.

—¡Son ellos, por fin! Soltó la azada y echó a correr a su encuentro.

Cuando ya solo 50 pasos le separaban de los visitantes, se paró en seco.

—¡Dios sea loado, es Abbón, el propio Abbón!

Y cayó de rodillas, mirando al cielo, con las manos juntas.